BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCIÓN de CLÁSICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 20

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

MONTEVIDEO

1956



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 20

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Nació en Montevideo el 13 de julio de 1875, hija de Manuel Vaz Ferreira, culto comerciante portugués, y de Belén Ribeiro, uruguaya, de ascendencia española y portuguesa.

No cursó estudios regulares, recibiendo toda su instrucción de sus familiares y de maestras privadas. Bajo la dirección de su tío, el maestro León Ribeiro, adquirió serios conocimientos musicales, llegando a ser destacada pianista y autora de estimables composiciones muy celebradas en su momento. Otro de sus tíos, Julio Freire, la inició en el arte de la pintura, en el cual no perseveró.

Desde su primera juventud, comenzó a escribir poesías que recitaba en fiestas y reuniones sociales. Algunas de ellas circularon manuscritas entre sus amistades, y otras vieron la luz en las principales revistas rioplatenses de la época. Parte de esa producción inicial fué recogida en antologías tales como la *Colección de Poesías Uruguayas,* compilada por Víctor Arreguine y aparecida en 1895, y *El Parnaso Oriental,* publicado por Raúl Montero Bustamante en 1905.

Escribió además obras dramáticas, una de las cuales, *La Piedra Filosofal,* drama lírico en un acto cuya música también compuso, fue representada en el Teatro Solís, el 1º de setiembre de 1908. El 25 de de octubre del año siguiente, se estrenó en la misma sala, una nueva producción suya titulada *Los Peregrinos.* Ambas piezas permanecen aún inéditas.

En 1912 fue designada Secretaria de la Universidad de Mujeres, y luego, en 1915, se le confió una cátedra de literatura en el mismo instituto. Siete años más tarde, su estado de salud la obligó a abandonar ambos cargos, a fines de 1922.

Durante sus últimos años, comenzó a preparar la publicación de su obra poética, que ya había proyectado años atrás bajo los títulos de *Fuego y Mármol* o *Las Islas de Oro.* Finalmente de decidió a dar a las prensas, una pequeña selección denominada *La Isla de los Cánticos,* cuyas pruebas de imprenta llegó a corregir en parte. Su muerte, acaecida el 20 de mayo de 1924, interrumpió esa tarea. Más tarde su hermano, el Dr. Carlos Vaz Ferreira, completó la corrección y dio a publicidad el libro póstumo, el cual apareció a comienzos de 1925, aunque fechado 1924.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

Prólogo de
ESTHER DE CÁCERES

MONTEVIDEO
1956

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

SER Y POESÍA DE MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Conocí una ciudad pequeña, graciosa y feliz, rodeada por ancho río y por antiguas quintas. Desde las orillas del Plata y desde los árboles del Prado le llegaban ráfagas de un aire límpido y fragante. Y una hermosa luz característica marcaba la sencillez de sus casas bajas, de sus azoteas almenadas, de sus balcones de hierro o de mármol; y el blanco y negro de aquellas grandes losas con que lucían los apacibles patios.

Es el Montevideo que alguna vez pintaron —con fineza y fidelidad, cada uno según su modo— un Figari, un Barradas, un Torres García.

Allí la vida era tranquila y silenciosa. La buena herencia española, enriquecida con escasos y nobles aportes de otras inmigraciones, y nutrida fundamentalmente con algún rasgo americano autóctono —poco perceptible pero presente en el carácter criollo— daba rasgos ya dibujados a la sociedad en formación, a la cultura naciente: a un natural y sano proceso de crecimiento.

Así, con paso cauteloso y modesto, se fundaba el estilo de aquel sitio.

Esta vida no había sido turbada por el progreso técnico, ni por el cosmopolitismo, ni por la voracidad

mercantil y profesionalista; no le habían llegado aún las causas de deformación traídas luego por riesgos que no fueron resistidos, sobre los que, en parte, ya José Enrique Rodó había advertido a las gentes uruguayas de aquel tiempo.

En ese Montevideo y en esa época aparecieron los primeros artistas verdaderos del país: los ya liberados de las precarias influencias culturales del coloniaje; los primeros creadores serios en que se funda nuestra cultura y nuestro deseo de ser.

En medio de esta recordada ciudad que ya no es, vi a María Eugenia Vaz Ferreira; empecé a escucharla y a saberle el alma. Fué en aquella Universidad de Mujeres a donde ella había llegado para enseñar algo más que historia o crítica literaria. Su lección comenzaba en cuanto se la veía; su presencia misma, sola y poderosa, y de una dignidad increíble, constituía la más inolvidable lección que nadie puede dar, y que ella impartía en aquella casa de estudios como en cualquier sitio a donde llegase.

Era mujer de cara expresiva y profunda, de mirada segura y firme; con un ceño austero y una boca caída y dolorosa, en contraposición con la risa fácil y de alta música, con la voz serena y melódica; y con un paso suave lleno de majestad y gracia, paso con el que María Eugenia vagaba dando siempre la impresión de que se desplazaba en rara atmósfera de sueños. Así fué lo extraño de su figura, la aparente contradicción y la gracia de su figura: por un lado, generosa entrega a la amistad, al juego de la conversación, al forcejeo dulce y tremendo con otras

almas; por otro lado, vida vuelta hacia adentro, tenaz soledad, encierro heroico en sí misma.

De esta contradicción intensa y sorprendente nació sin duda algo de la leyenda de María Eugenia, considerada siempre como un ser paradojal y extraño. Y sí que lo era; sólo que en ella todo esto tomaba los tonos de una calidad tan fina y auténtica, de una libertad tan excepcional, que ese paso suave, esa voz melódica y ese silencioso dolor de la boca caída cobraron fuerza solemne.

Fué, pues, criatura recóndita, dueña de un delicado pudor y de un profundo respeto por su propia alma.

Por eso es tan difícil hablar de su vida; y tan arriesgado ceder a la tentación de aceptar y divulgar un anecdotario que puede dar tan sólo la visión incompleta o frívola de espectadores incapaces de percibir el exacto matiz, la intención profunda, la calidad esencial de una palabra o de un gesto, que en ella tenían trascendencia tan honda.

Por otra parte, bueno es preferir la categoría a la anécdota; y libertar, en lo posible, a los estudios literarios y al goce de los sentidores de Arte de la invasora y aberrante traba que la crítica biográfica, como la crítica de asuntos, opone al estudio y valoración de las obras *per se.*

La verdadera imagen de María Eugenia Vaz Ferreira está en sus cantos. Y desde la puerta de su libro, ya esa imagen se nos dice según soledad y música. ¡Celebremos la adecuación del hermoso nombre

de este libro! En él resplandecen amor de soledad y destino de cantar que la artista tuvo en profundo y altísimo grado. Y así el nombre límpido viene a ser como una clave de todos los versos contenidos en la obra, y directísima clave de algunos poemas esencialmente orientados a cantar la soledad.

Cuando apenas algunas composiciones suyas habían sido publicadas, mientras la autora se resistía a la edición de su libro, tales versos eran dichos con grave voz inolvidable por María Eugenia Vaz Ferreira. Los decía ante unas niñas asombradas, en la pequeña aula de la Universidad de Mujeres. La clase escolar de Literatura se había interrumpido; la sala había sido amortiguada con cautela en delicada penumbra; la voz de María Eugenia cantaba dulcemente. Ya estábamos solas con ella, lejos del mundo, en un mundo nuevo de alta y pura Poesía.

Así pudo redimir los sitios que atravesó, los seres que estuvieron a su lado, las cosas que tocó. Pudo enseñar Literatura salvando los difíciles riesgos pedagógicos, creando clases vivas, en las que mostraba para siempre la grandeza del Arte, la verdadera cara de la Poesía; la vida moral del artista y algo difícil de saber en estos medios: la diferencia profunda entre vida intelectual y vida espiritual.

Pasando con gracia sobre la información árida, sobre los esquemas de la crítica académica, dió en sus clases las claves esenciales de la experiencia poética, sobre todo la conciencia de que la poesía es la más alta expresión del ser. Con gracia altiva, con libertad ejemplar, enseñó la generosa y justa afirmación de los grandes valores. Y pudo hacerlo porque

poseía una seguridad y una fuerza convincentes, que imponían de súbito un respeto nuevo, profundo y ennoblecedor para quienes eran capaces de sentirlo.

El paso era suave; la voz melodiosa —¡la voz más musical que pudimos oír!—; los ojos dulces y tristes, como constelados; algo de seda y de silencio había en ella y a su alrededor.

Pero suavidad, música, dulce tristeza estaban acompañados de aquella fuerza y de aquella seguridad, como si la categoría fundamental de su ser fuera algo corpóreo y mantuviera en ella una actitud por la que todo su ámbito se transformaba en un Reino —en un seguro Reino del alma. Algo de seda y de silencio; algo de materna ternura suavizaba a estos grandes resplandores y a la solemnidad singular de su presencia.

En ese Reino del alma, grandes, acrisoladas virtudes eran como estrellas cuyo recuerdo puede conmovernos hasta las lágrimas. María Eugenia enseñaba, con su actitud ejemplar, la amistad noble, la entrega generosa; el desdén con respecto al profesionalismo literario, a la vanidad y a la triste esclavitud con que estas cosas traban al ser y a sus posibilidades creadoras.

Y nadie se acercó a ella que no sintiera esa lección poderosa, ese resplandor vivo como el fuego del Espíritu que irradiaba de todo su ser.

Enseñó también, naturalmente sin proponérselo, frente a la aparición de un movimiento feminista heroico y generoso, pero desgraciadamente turbado por errores fundamentales que aun padecemos, la grandeza de una presencia femenina fiel a su destino.

Y tanto como se libró de los errores dolorosos del movimiento feminista de su época pudo mantenerse distante de la llamada "poesía femenina" que abrumó a América en este siglo.

Y esto ocurrió porque en María Eugenia se daba el ejemplo de una mujer que no traicionó nunca su trascendencia simbólica, sino que asumió maravillosamente aquello que en nuestros días Gertrude Von Le Fort invoca como rasgos invariables de la imagen femenina empírica, o sea, rasgos eternos en el sentido limitado terrenal, cuando se refiere al "aspecto cósmico metafísico de la mujer, de lo femenino como misterio".

Hoy pienso en imágenes suyas que pueden ser testimonios junto a esta glosa. Entre esas imágenes amo algunas trascendentes y fieles, que ya se me han hecho familiares.

Y es, por ejemplo, el poema en que Emilio Oribe evoca aquella sacra música, aquella angustia metafísica, aquella actitud meditabunda, y aquel paso suyo solitario entre árboles y cadenas de fuego.

O son aquellas memorias dichas con singular encanto por Susana Soca: "Recuerdo una tarde, en un teatro, durante un largo entreacto de una larga representación. Y en un momento en que todo parecía ser opaco e interminable, se abrió la puerta de un antepalco y en el claroscuro apareció diciendo algo gracioso y singular, interrumpido, o mejor dicho, seguido por una risa frecuente, baja e inimitable.

"Sé que experimenté entonces una sensación imprevista: la de una ardiente curiosidad surgiendo del centro mismo de la monotonía. Y una especie de

asombrada gratitud ante el objeto de mi curiosidad. Era la sensación de una presencia particular y agradable rompiendo el círculo indefinido de la general ausencia. Y ahora sé que esa presencia era la del mundo poético y aquélla que involuntariamente habitaba, pensaba y se movía dentro de ese mundo, hacía participar de él a sus interlocutores fortuitos. Ellos, sin procurar entenderla, la seguían bajo la influencia de un poder de comunicación con todos los elementos mágicos del juego".

. . . .

"Algo más tarde recuerdo una habitación con un piano. Era en un crepúsculo ya próximo a la noche, con una lentitud propia del verano, porque recuerdo que las hojas golpeaban contra los cristales queriendo prolongarse hacia adentro. Ella tocaba en la semioscuridad. Sus manos formaban parte del paisaje de las hojas que, en un juego de sombras y de reflejos, se agitaban sobre el teclado con un temblor parecido al que tienen sobre el agua. Sus manos parecían demasiado pequeñas para el largo camino de la música que ellas recorrían. Sensibles, perfectas, eran junto con su voz y sus ojos las tres gracias naturales que la propia voluntad de destrucción no había logrado aniquilar. Ella salía del piano como de una parte de sí misma en la que hubiera debido sumergirse, y sin terminar la pieza, decía un poema a la noche, y era imposible no ver que un imperioso mensaje, apenas transformado, continuaba. Su voz era más baja, y de tonos uniformes: decía los poemas con algo de melopea que lógicamente debió dar una expresión de monotonía a pesar de la calidez de su

acento. E inexplicablemente sucedía lo opuesto; tenía el pateтismo interior que no puede ser descrito, imitado ni olvidado. Decía su verso con todos los acentos correspondientes al secreto trance que cada una de sus partes le representaba, con las diversidades más sutilmente individuales. Era la identificación renovada con la cosa poética vivida y ésta estaba presente, apenas oculta en el estético plano de la discreción. Conservo en mi memoria el eco de la palabra "desesperanza" que yo retenía por primera vez. Aparentemente pronunciada con el mismo tono de las otras, para mí sigue saliendo de su verso con una lentitud siempre imprevista".

....

También la veo muchas veces como en el significativo pasaje que Pedro Leandro Ipuche registró —¡y hay que agradecérselo!— en que María Eugenia, con gesto gozoso y revelador de ejemplar generosidad, comunica a Rodó la aparición de los poemas de Delmira Agustini, a quien ella admiraba profundamente.

Y todavía sueño otras imágenes que tengo siempre cerca de mí y que muchos conocen. Como aquélla que en entusiasta glosa (él, que poseía lo que Descartes llamó la más noble de las pasiones: el entusiasmo!) Parra del Riego señala así: "Oh! un retrato que yo he visto de esa época, con sus ojazos ardientes y melancólicos y una cara de dicha misteriosa y distraída!".

Y aquella otra, quizá el más notable documento entre la iconografía de la artista: una fotografía increíble que las nobles manos de Enrique Dieste libertaron de olvido y de sombra. Todo allí ha recuperado su trascendencia, en una lejanía que la pátina del aire dió a la imagen y que semeja aquella encantadora lejanía de los antiguos espejos, que han perdido su primitivo esplendor de joyas relucientes y que viven una vida más honda y más íntima, casi aterciopelada.

Aparecen María Eugenia y Rubén Darío, en los días en que el poeta visitó nuestro país. La comunicación de los dos grandes seres se ve allí a la par de su distancia, como voluntariamente sostenida. Cada uno de ellos, en la posesión absoluta de su persona inconfundible, de su profundo señorío, afirma su reino solitario. No podrá verse nunca más misteriosa distancia y a la vez más misteriosa transcendida comunicación.

Estos testimonios paralelos a los que podrían agregarse otros, también fieles y vivos, no están aquí sólo por el valor que como testimonio poseen.

Quizá han sido traídos por mi seguridad de que es bueno reunirse con otros seres alrededor de María Eugenia y de sus cantos; más que nada por aquello de que el estar reunidos "no está exento de misterio".

Cuando se leen los versos de María Eugenia Vaz Ferreira todas esas imágenes vienen a la conciencia y su evocación se superpone de inmediato a la presencia de sus poemas. Tal es la autenticidad de esta obra. La correspondencia es tan estricta, que no se trata sólo de los temas, de las palabras, de los senti-

mientos aludidos; los medios utilizados por la artista, la estructura general de su composición nos recuerdan intensamente aquella voz, aquel paso, y toda la vida espiritual que en ella resplandecía en la medida de su cristalina dignidad, de su capacidad para renunciar, de su destino armonioso y melancólico.

Esta unidad de obra y de vida es la mejor prueba de los grandes creadores; en María Eugenia se da gloriosamente; con ella se emparenta su moral de artista y, a la vez, el destino solitario de su vida y de sus cantos.

Los que conocimos esa actitud heroica que ella tenía para afrontar todos los riesgos, para resistir a la tentación mundana, para sostener una austeridad que no excluye la gracia sino que en ella descansa y se fortalece, podemos afirmar la relación profunda de su estilo de vivir y su estilo de cantar. Tal la razón fundamental por la que esta poesía es grande, ya que toda está apoyada en su ser, y aparece a nuestros ojos con ese inconfundible "resplandor de lo verdadero" que los antiguos consideraban como carácter esencial de la obra de Arte.

Ese resplandor buscó María Eugenia. Y alguna vez nos lo dice con su voz en que la afirmación y la súplica se conciertan para expresar la más intensa aspiración de su vida y de su poesía:

Alma, sé libre y rauda, sé límpida y sonora
como un maravilloso pájaro de cristal,

Es en el poema *Ave celeste* en el que, junto a la evocación de campanas, nocturnos, inmensa lira, surtidores, rosas, escudos, y sobre todo esto, el alma y el canto dicen la victoria de María Eugenia:

Entonce
cómo será divino
tu canto cristalino!
El grito clamoroso de angustia o de esperanza
que hacia el espacio lanza
sin eco su elegía,
en el inmaculado crisol de la armonía
lo trocará en gorjeos tu pico musical:
oh límpido y sonoro pájaro de cristal!

Tal "resplandor de lo verdadero" que aquí es relación íntima entre la poesía y la vida de quien canta, se vincula con un hecho muy importante.

Y es que en María Eugenia había un estilo: idéntico en ella y en sus cantos este estilo hace que su poesía y su vida sean algo así como potentes alas de un mismo Espíritu. Esta fué una de las lecciones fundamentales; su lección de estilo. Para saberle la trascendencia hemos de tener en cuenta el sentido profundo de la palabra estilo.

Él no se limita a la equivalencia de este término con "el rasgo específico que marca y distingue cualquier forma particular, trátese de una obra de Arte, de una personalidad humana, de una vida común". Dice Romano Guardini: "El estilo es la traducción exterior del hecho de que una manifestación de vida determinada ha encontrado su expresión adecuada y perfecta. Esta liberación expresiva, sin embargo, para que haya "estilo", deberá ser tal que el ser particular exprese un mensaje general y que sobrepase su dominio propio".

Las poesías más características de María Eugenia Vaz Ferreira poseen este don de estilo que su per-

sona poseía y que su persona les confiere. Por eso en ellas se concierta la experiencia más viva con una poderosa conciencia de Arte, que lleva a austera selección, a gran sobriedad y a un orden vivo, que no tiene que ver con ningún orden retórico convencional, sino con estructuras creadas por la artista en cada caso según un sentido hondo y estricto de la Forma.

A veces alguna anécdota asoma, fugazmente apuntada, dando —como si fuera una clave de notación musical— la pauta del sentido lógico a la vez que la pauta de la estructura del poema. Pero un rigor alerta, un pudor delicado del alma, limitan esa indicación; la miden, la detienen en su punto estricto. Y la anécdota personal desaparece para transfigurarse y aparecer como sustancia redimida para la Poesía, porque la autora ha renunciado a la anécdota, a las modas literarias, a los halagos de los críticos y de los lectores.

Ya ha dicho su doctrina estética en *Oda a la belleza:*

Oh Belleza, que tú seas bendita
ya que eres absolutamente pura,
ya que eres inviolada,
límpida, firme, sana e impoluta.

. . . .

Eres inaccesible;
eres pasiva y sola
sencilla y sobrehumana;
no inspiras, no padeces
el dominio imperial de la materia
ni la sensible turbación del alma...

La evocación de un Arte de quietas formas, de armonía serena, de gloriosa pureza a la que ningún agitado viento de la vida logra tocar, nos recuerda aquí aquellos versos de Baudelaire:

Je hais le mouvement qui déplace les lignes,
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris.

y nos hace soñar con los caracteres puros del Arte clásico.

Con esta noción abstracta de la belleza que María Eugenia nos dice coincide su estilo personal, su vida entera, el inolvidable acento de su alma.

No significa esto que su poesía y su ser estén alejados de la vida misma; aquí, como en los casos más eminentes, la abstracción significa selectividad, purificación en crisoles prodigiosos del Espíritu y del oficio.

Como en el remoto ejemplo siempre vivo de la hoja de acanto llevada por proceso de abstracción a un capitel corintio; o el de la rosa fragante y perecedera que pasa a ser eterna rosa en la Arquitectura medioeval, aquí también todos los fuegos de la vida, las flores temblorosas, el aire de los jardines, la sangre violenta o apacible, la pena de los adioses, son substancia preciosa para la Poesía eterna, llevada a un orden, a un tiempo, a una imagen extática que ya no morirá y que ha de quedar para siempre en el aire del mundo, cuando ya pena, sangre y huesos de la criatura armoniosa no estén más sobre la tierra.

Ese sentido de abstracción, explícito en la *Oda a la Belleza* es un elemento previo para conocer la obra de María Eugenia Vaz Ferreira.

No diré yo aquí la crítica escolar, ni aun la del preciosismo técnico entre cuyos riesgos está frecuentemente el de convertir el estudio estilístico en desplazada investigación gramatical que mata toda posibilidad de experiencia poética. Este modo de glosar no es para este sitio ni para mi personal vocación. Lauxar llega a decir que en estos versos poco o nada importa lo exterior. "Lo que interesa —dice— con importancia no sólo principal, sino exclusiva, es el espíritu, la entraña sangrante que palpita y sufre con vibración de herida mortal".

La obra de María Eugenia Vaz Ferreira se relaciona con elementos característicos de las diversas escuelas. En líneas generales podríamos vincularla con el modernismo; tal fué, por lo demás, el clima literario de su época de creación.

Aunque bueno es notar que, así como ella se libertó de escuelas literarias, el lector debe asumir actitud semejante. Ya Carlos Vaz Ferreira ha dicho muchas veces el exacto consejo para los "sentidores" de Arte: no juzgar por escuelas, sino por valores.

En algunos momentos de *La isla de los cánticos* predomina un cuidado de la forma, un gran sentido de la belleza abstracta, lo que determinó la calificación de parnasiana formulada por algunos críticos.

Otras veces, el subjetivismo de los románticos invade su verso y lo emparenta con algunos ejemplos típicos —sobre todo con Heine—.

Una experiencia continuada e importante, durante largos años en que fué profunda sentidora, ejecutante y compositora de Música, trasciende a sus versos y los relaciona con el simbolismo. Pero quizá de este movimiento, lo que más encontramos en la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira es, por la vía

musical tan específica, aquella entrañable tendencia no nueva pero asumida en grado eminente y como rasgo característico por la escuela: la de relacionar las palabras, por su estructura y sentido, de un modo tal, que ellas despierten en el lector algo semejante a la experiencia que el creador ha querido trasmitir.

Desde lejos esa tendencia es algo muy viviente en todo el proceso literario; ella está implícita en la gran poesía de todos los tiempos. Y el mejor Luis de León —según yo creo el de los Diálogos— lo ha dicho de modo genial en aquel pasaje de *Los nombres de Cristo* en que establece —partiendo de una hermosa imagen de espejos redoblados— la necesaria relación entre sonido, figura y significación, vecinos y semejantes "a cuyo es cuanto es posible avecinarse a una cosa de tomo y de ser el sonido de una palabra".

En nuestros días, Thomas Merton dice esta verdad: "El poeta no usa las palabras meramente para declaraciones o afirmaciones de hechos: de ordinario eso es lo último que le concierne. Busca, sobre todo, juntar las palabras de tal manera que ejerzan reacción misteriosa y vital entre sí mismas y suelten su contenido secreto de asociaciones para producir en el lector una experiencia que enriquezca las profundidades de su espíritu de modo singularísimo. Un buen poema induce una experiencia que no puede ser producida por ninguna otra combinación de palabras; es, por lo tanto, una entidad que subsiste por sí misma favorecida con una individualidad que la caracteriza y distingue de las demás obras de Arte.

"Como todas las grandes obras de Arte, los poemas verdaderos parecen vivir una vida totalmente suya. Lo que debemos buscar, pues, en un poema no

es una referencia accidental a algo exterior a él mismo, sino el principio interior de individualidad y de vida que es su alma, "su forma". El "significado" verdadero de un poema sólo puede resumirse en el contenido total de la experiencia poética que es capaz de producir en el lector. Esta experiencia poética total es lo que el poeta trata de comunicar al resto del mundo".

En toda la obra de María Eugenia se puede percibir —como uno de sus valores más originales— este don para crear un lenguaje poético, una relación nueva y profunda de las palabras entre sí; relación capaz de sugerir ricos estados de alma en el lector y hasta capaz de sugerir aquella nostalgia que ha llevado a un autor de nuestra época a definir la belleza como "el canto de una privación".

En algunos poemas es más patente la utilización que para todo esto hace la autora del elemento sonoro. De todos modos, su poesía siempre canta; y esto es de singular importancia; y debe mostrarse en una época en que se ha perdido la línea melódica y en que conviene restaurarla.

Con sus medios estilísticos dice María Eugenia Vaz Ferreira temas esenciales, reveladores de su ser profundo. Ha elegido, pues, el camino más arduo, Y su poesía musical, severa, sobria, está cargada de significación.

Súbitamente se percibe que todo aquello a que

se refiere la autora en sus versos, todo aquello que ella traspone a bellos símbolos o a música melodiosa, ha sido profundamente vivido, conocido, sabido por ella. Así la noche, los surtidores, las flores, las estrellas; una magnolia, una cara; la aurora y el crepúsculo; el viento suave que cruza:

...sin decir nada
el transitorio paréntesis
suspenso en la sombra vaga,
cuando enmudecen las cosas
o todavía no cantan,

....

La distancia que va de estos elementos objetivos a su presencia enriquecida y trascendente dentro de los versos, es una distancia exacta, de sutil medida, de estricta perspectiva de Arte. Esa distancia breve e inmensa, pero sobre todo justa, precisa, significativa, mide lo que va de lo anecdótico a lo categórico; de la realidad concreta al símbolo. Y un aire nuevo, un mundo nuevo se crea alrededor de palabra y evocación: es el mundo único, original, creado por la que canta, por la que da este nuevo acento a las cosas y a sus nombres; acento por el que esta noche, esta nieve, este árbol y este sendal de flores son nuevos, únicos, semejantes a toda una tradición de árbol, noche, nieve, ráfaga y flores; pero absolutamente nuevos, con una significación ya cerrada en sí misma; y es que han sido recreados y dotados de una vida nueva, tal la que se da en los bellos versos de aquel *Nocturno:*

¡Árbol nocturno, alma mía,
sólo mía y solitaria...
cubierto estás por la nieve
de una noche triste y larga!

Por eso si te sacude
alguna amorosa ráfaga,
en vez de un sendal de flores
cae una lluvia de lágrimas...

El tema dramático está arraigado en casi todas las composiciones del libro. Se dice este drama —que es, sobre todo, la angustia metafísica, la conciencia del propio ser conflictual—; se dice el amor por este drama; y la noche "hecha de soledad y de desesperanza" es tan bella que María Eugenia la canta extasiada o dolorida, transformándola en el ámbito casi permanente de su poesía, en la substancia más preciosa de símbolos vivos a través de los que nos dice su más íntimo ser.

Alcanzan entonces estos cantos su carácter de auténtica expresión existencial (dándole a este término los caracteres y la dignidad de su antiguo linaje, es decir, emparentándolo con aquella expresión que desde David clama con cara de llanto o con sonrisa arrobada). Y así dice ella la angustia metafísica:

Ah, si pudiera desatar un día
la unidad integral que me aprisiona!

....

No sé cuando labraste el signo mío
el crisol armonioso de tus gestas
dónde estaba...
donde la proporción de tus designios...

Y es la árida experiencia, que culmina en aquel extraño poema *La rima vacua,* cerrado con la evocación del "dúo de la nada".

Habla a su esperanza. Dice desolación, árida soledad interior; y encuentra, para expresar su resignada actitud, la más adecuada forma:

Ya te he visto venir
blanca y piadosa como un santo espíritu
sobre el vaivén de las marinas ondas;

La mira y la remira; la evoca en el fulgor de las estrellas, en unas llamas danzantes, en unas ráfagas turbadoras, en un mágico abanico. Y ante esas imágenes, frente a ese ir y venir de la propia esperanza transfigurada en múltiples formas llega a decir:

Pero si al interior vuelvo los ojos
veo la sombra de tu mancha negra,
Miro tu nebulosa en el vacío
dar poco a poco su visión suspensa;
sin el miraje de los fuegos fatuos
veo la sombra de tu mancha negra.

Y todavía!:

No llores porque sé; los ojos míos
saben vivir en lontananzas huecas;
míralos secos y tranquilos; márchate...

hasta evocar el último encuentro con esta esperanza muerta:

hasta que junto a ti también tendidas
nos abracemos como hermanas buenas
y otra vez enlazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra.

En la voz acontraltada y triste de María Eugenia, cuando decía estos versos, aprendí yo a percibir qué exacta medida, qué exacto tiempo, qué exactas sonoridades dan al poema la presencia espiritual y corpórea que él tiene; y cómo esta presencia viva, apoyándose en múltiples imágenes y severa música, consigue crear una sola, abstracta, callada presencia de María Eugenia y su soledad, ya separadas, ya juntas, ya identificadas y —en fin— dominando con su único ser sombrío las formas que se evocan, para dar una imagen de la esperanza en contraposición con la de aquella desesperanza que aparece como en un extraño hueco.

Pero si al interior vuelvo los ojos
veo la sombra de tu mancha negra.

En el canto a la noche ya no es sólo ese tremendo drama. Una nota tierna, de sensibilidad apiadada, de compasión amorosa se da en un momento esencial del poema.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

y luego, al nivel de la última estrofa:

Dale a los beneditos que todavía sueñan,
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, oh Hermana.

En ese aire nocturno va a decir María Eugenia su más íntimo ser:

Y no tengo camino;
Mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio,

. . . .

siento crujir los extendidos brazos
que hacia el materno tronco se repliegan,
temor, fatiga, solitaria angustia,
y en un perpetuo afán contradictorio
mis pasos van por la salvaje selva.

O en aquellos dos versos finales de *La estrella misteriosa:*

mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
con la desolación de una esperanza ciega.

Estamos aquí en el centro vivo de la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira. La profundidad de la experiencia que en ella se revela, da a esta poesía un destino solitario irreductible. Como el de la doctrina de su *Oda a la Belleza;* como el de casi todos los rasgos estilísticos que informan su obra. Pero en estos poemas metafísicos, de tan profundo y miste-

rioso alcance, María Eugenia está en el corazón mismo de la soledad.

Esta línea de gran poesía existencial alterna en el libro de María Eugenia con la del tema idílico, con aquella en que la criatura dice pausa tranquila, aire de jardín, amoroso trance, adioses y nostalgias que nos recuerdan la sensibilidad de un Bécquer o de una Rosalía de Castro.

Cuando veo estos dulces poemas junto a los otros —a los dramáticos, a los de línea heroica y severos metales— siento una emoción como la que me embarga al descubrir en la obra de Durero, entre las aguafuertes en que la forma dice tema de guerra o tema de postrimerías, aquellas violetas tiernas sólo apoyadas en sí mismas —en su ser de violetas— que sueñan la pausa de amor, la contemplación tranquila, el gozoso deleite fugaz del creador de *La Melancolía.*

Es la *Serenata* conmovedora, o la *Invitación al olvido* o *Voz beata.*

A veces los dos modos se cruzan: la línea melódica, las imágenes concretas, claras, sencillas, son la substancia con la que se nos revela otra vez una dolorosa afirmación como en la *Barcarola de un escéptico* o en aquella *Historia póstuma,* o en la composición *Desde la celda,* de segura afirmación final después de una secuencia de obsesionantes preguntas:

Los aldabones golpean
con rumor de eternidad,
y el corazón solitario
le responde: "Más allá"...

Sí, más allá de sí mismo,
más allá del propio mal,
amorosamente solo
con su mal de soledad

. . . .

En fin, línea melódica e imágenes concretas dan el grave misterio de *Único poema* cuyo secreto se sugiere, en gran parte por la vía musical, muy sabia y sutil en esta composición, en estrofas ceñidas y abiertas a la vez a un infinito:

Desperté y sobre las olas
Me eché a volar otra vez.

Es el más misterioso, el más trascendente de los cantos de María Eugenia; se le siente animado por un saber extraño e incomunicable. Con imágenes desnudas, con melodía lineal, con limpidez cristalina, ha dicho allí el sueño en el que se revelan al alma las relaciones profundas de Vida, Muerte y Soledad.

En este extraño concierto de la imagen concreta y su sombra; de lo que es perfectamente dibujado y la impenetrable tiniebla, puede estudiarse el don de inteligibilidad que María Eugenia Vaz Ferreira tuvo y la coexistencia de lo inteligible y lo oscuro en su poesía.

*

* Páginas 1 y 2: en blanco en el original

RESURRECCIÓN

Quiero tenderme en éxtasis beato
cabe la fuente rítmica del verbo
y escuchar en polífona armonía
el himno espiritual del pensamiento,
engarzado en fantásticas palabras
que le revistan con su idioma excelso
como piedras preciosas, fulgurantes
del arco iris bajo el gran reflejo.
Quiero que el surtidor abra sus labios
junto a mi oído religioso y trémulo
y semejante a la fecunda aurora
riegue y flamee sobre el parque muerto
haciendo resonar las arpas mudas
y aromando las rosas del deseo.
Quiero juntar a la sonante boca
mi nebulosa trágica de tedio,
que la golpee la potente frase
entre las ondas diáfanas del verso,
y a la frescura de benignas lluvias,
bajo el rayo inmortal del sacro fuego,
en cánticos de vida y de esperanza
mi corazón florecerá de nuevo.

*

* Página 4: en blanco en el original

SÓLO TÚ

Mi corazón ha rimado
con el corazón del día
en un palpitar llameante
que se convirtió en cenizas...

Mi corazón ha rimado
con las rosas purpurinas,
y se cayeron los pétalos
de las corolas marchitas...

Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se rompieron las olas
en espumas cristalinas...

Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia;
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra
guardas tu inmortal caricia.

*

[*] Página 6: en blanco en el original

LAS QUIMERAS

Sangre bullente de las bocas rojas,
sangre que brilla
y en recónditos vasos se retrae
cuando fervientes labios se avecinan...

Paladar calcinado,
lengua de fuego
que lleva el peregrino
bajo el sol meridiano del desierto
y cuya sed no aplacan
el límpido raudal de los oasis
y el dulce jugo de los cocoteros...

Collares desatados,
lacias guirnaldas de los brazos quietos,
ceñidores de amor nunca prendidos
para estrechar los cuellos ofrendarios
y los torsos solícitos...

Cuencas de las pupilas
curiosas de figuras,
ebrias de perspectivas deslumbrantes,
conturbadas por blondos espejismos
adonde fácilmente
se borran los mirajes
como en el mar la curva de las olas
y la fugaz estela de las naves...

Placa de oro para el son propicia,
fibras de acústica sonora
por donde ruedan todas las palabras
sin imprimir sus líricas rapsodias...

Campanas mudas de los corazones,
cosas rebeldes,
también como a vosotros
más de una vez las manos me tendieron
más de una vez riéronme los labios
y se deshizo en cálidos aromas
la brasa de sus rojos incensarios...

También como a vosotros
miráronme gozosas las pupilas,
que rayaron en tórridos incendios
con brillo de fulgentes pedrerías...

Mas seguí torvamente y tristemente
porque también me ungieron en mal hora
con sedes y ambiciones sobrehumanas,
con deseos profundos e imposibles,
y voy como vosotros
también inaccesible e impotente,
cargando con la cruz de la quimera,
ajustada a la sien ardua corona,
sin poder claudicar
y sin tocar la carne de la vida
jamás, jamás, jamás.

HACIA LA NOCHE

Oh noche, yo tendría
una palma futura, desplegada
sobre el gran desierto,
si tú me das por una sola noche
tu corazón de terciopelo negro,
y yo, al compás de su morena sangre,
canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo
sólo por el deseo
de serenar la cuotidiana angustia...

Oh noche, yo te quiero
sin el fulgor de luminosos astros,
sin marinos clamores
y sin la voz que finge
en los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

Oh dulce noche mía, oh dulce noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
rompa después mi lapidario ensueño,
un polvo de inquietud arda en mis ojos,
y me seas de nuevo
sólo una palma antigua, replegada
sobre el gran desierto.

*

[*] Página 10: en blanco en el original

ASPIRACION

Adentro del pecho escondes
una jaula de coral;
de su misteriosa puerta
la llave, dónde estará?

Yo sé de un pájaro libre
que en tan estrecha prisión
quisiera morir cantando
sus ritornelos de amor...

*

* Página 12: en blanco en el original

BALADA DE LAS DULCES PERLAS

En el crisol de tu boca
quisiera verter mis lágrimas,
esas derretidas perlas
del hondo mar de mis ansias...

Sólo tú sabes ser bueno
y envolver con tus palabras
la inquietud de mis caprichos
y el vaivén de mi esperanza.

Aunque estés lejos te siento
tan cerca que no hay distancia,
cuando en la noche profunda
se llora sin tener causa.

Y en el crisol de tu boca
quisiera verter mis lágrimas;
yo sé que me las darías
en dulce dicha trocadas,
esas derretidas perlas
del hondo mar de mis ansias...

*

* Página 14: en blanco en el original

EL CAZADOR Y LA ESTRELLA

A flor de vida van los corazones
como estrellas de mar sobre las aguas.
Van con la onda furtiva, distinta,
en un romántico juego de gracia...
Bogan los corazones
como estrellas de mar sobre las aguas.
Algunas fosforecen en la noche,
o bajo el cabrilleo del sol danzan;
algunas saben la ciencia quimérica
y se plasman en peregrinas formas
de lumen sacro, de frágil materia...
Y como quiere la armonía cósmica
que sean dos los bandos combatientes,
armados van en sus flotantes barcas
los cazadores con redes de oro.
Oh derrotas
bajo el vidrio de las olas sepultas
con transparentes lápidas...
oh victorias que corona la espuma
con risas quedas y con rosas blancas...
prófugas que glisaron audazmente
el rudo afán de los conquistadores,
timón versátil del corsario errante,
idílicos vaivenes
burlando en un zig-zag funambulesco

la majestad de las proras triunfales.
Y tú, viajero, mi dulce enemigo,
que el guerrero atavío llevas quieto,
el mástil sin pendón, la frente inmóvil
bajo el fulgor prismático del iris,
que vas ciego a la luz y sordo al canto,
vanamente los vívidos corales
como labios se pegan a tu borda,
anida el viento en tus plegadas velas
y te llaman con fantásticas liras
desde las sirtes las rubias sirenas...
tú no vas solo en la patria sin rutas...
cuando a la vida toda cosa duerme,
descansa el viento en su gruta de nácar,
las ninfas posan la discreta mano
sobre las liras mudas, cuando cierran
su boca azul el florecido loto
y sus ojos las lámparas sidéreas,
cuando nada está vivo, cuando nadie
vivo está más que tú, viajero triste,
una estrella de mar,
la más lunática, la más rebelde,
hija del arte y de la libertad,
al impulso de un arcano deseo,
el alma a media luz, sola y distante,
va siguiendo en silencio hora tras hora
la misteriosa estela de tu nave.

NOCTURNO

¡Árbol nocturno, alma mía,
sólo mía y solitaria...
cubierto estás por la nieve
de una noche triste y larga!

Por eso si te sacude
alguna amorosa ráfaga,
en vez de un cendal de flores
cae una lluvia de lágrimas...

*

* Página 18: en blanco en el original

*

VASO FURTIVO

Por todo lo breve y frágil,
superficial, fugitivo,
por lo que no tiene bases,
argumentos ni principios;
por todo lo que es liviano,
veloz, mudable y finito;
por las volutas del humo,
por las rosas de los tirsos,
por la espuma de las olas
y las brumas del olvido...
por lo que les carga poco
a los pobres peregrinos
de esta trashumante tierra
grave y lunática, brindo
con palabras transitorias
y con vaporosos vinos
de burbujas centelleantes
en cristales quebradizos...

* Página 20: en blanco en el original

SACRA ARMONÍA

Glorïoso placer de la armonía
con una gloria inmaterial y mística,
misteriosa, dolorosa y profunda
en la visión de su potencia arcana.

Glorïoso placer de la armonía,
despertar de su sueño
el secreto de la entraña recóndita
disperso en chispas como estrellas vírgenes
entre las cavidades de la sombra...

Glorïoso placer de la armonía,
jugar con ellas un divino juego
de perfección y de inmortalidad.

La fantasía, como el sol y el viento,
del silencio y la sombra
los divinos destinos les arranca;
la fantasía, como el sol ardiente,
la fantasía, como el viento alada...

Y vuelve al numen con su gran tesoro
y hay una boda extraña
de un misterioso amor que resplandece
prendido al oro de su misma flama.

Glorioso placer de la armonía
inmaculada.

¡Oh los conquistadores
entre el eco de las ondas sonoras
y la fulguración del arco iris...
Su exaltación gloriosa y palpitante
en los sublimes juegos
con la rosa de la policromía
y con la lira magistral del verbo...

Cómo ascienden las rítmicas escalas
y las albas clarean,
y se unifican para ignotos himnos
olas de un mar en inquietud perpetua...

¡Oh los conquistadores,
cuando brota la voz que llevará
diáfana y pura como un son patricio
el pensamiento hacia la libertad...
Cuando en el bloque límpido y severo
sobre la blanca rigidez del mármol
lanza la curva su infinito vuelo...

Cuando
surge la forma de la nueva gracia
con vibración de rumorosas cítaras
o con serena majestad de estatua!

Glorioso placer de la armonía...

Alguna vez en el turbado numen
palidece la fuerza inspiratoria,
pero la enamorada fantasía
prosigue su camino, toca el astro,
y en el interno alcázar triunfalmente
se enciende en fuego el pórtico sagrado.

*

* Página 24: en blanco en el original

MIRAJE

La verdad vive en la lumbre
y en la sombra las mentiras;
por eso sólo en la noche
tus dulces ojos me miran.

El padre Sol se levanta
desgarrando las tinieblas,
y tus ojitos... se esconden
con las pálidas estrellas.

*

* Página 26: en blanco en el original

LOS DESTERRADOS

Una fría tarde triste
yendo por una apartada
ruta, al través de los turbios
cristales de una ventana
yo lo vi gallardamente
curvado sobre las fraguas.
El cabello sudoroso
en ondas le negreaba
chorreando salud y fuerza
sobre la desnuda espalda.
Le relucían los ojos
y la boca le brillaba
henchida de sangre roja
bajo la ceniza parda.
Y era el acre olor del hierro
luz de chispas incendiarias,
rudo golpe del martillo,
vaho ardiente de las ascuas,
que las mal justas rendijas
hasta mí fluir dejaban
con ecos de cosa fuerte
y efluvios de cosa sana.
"Dios de las misericordias
que los destinos amparas,
cuando me echaste a la vida

¿por qué me pusiste un alma?
Mírame como Ahasvero
siempre triste y solitaria,
soñando con las quimeras
y las divinas palabras...
Mírame por mi camino,
como por una vía apia
de sonrisas incoloras
y de vacías miradas...
¿Por qué no te plugo hacerme
libre de secretas ansias,
como a la feliz doncella
que esta noche y otras tantas
en el hueco de esos brazos
hallará la suma gracia?"
Así me quejé y a poco
seguí la tediosa marcha,
arropada entre las brumas
pluviosas, y me obsediaban
como brazos extendidos
los penachos de las llamas
y unos ojos relucientes
adonde se reflejaba
el dorado y luminoso
serpenteo de las fraguas.

*

EL MENSAJERO DERROTADO

A buscar mi infiel tesoro
va por el camino incierto
fogoso corcel que azuza
la libertad del deseo;

y el corcel de mis amores
sin alzarte caballero,
tendido queda a tus plantas
en blanca espuma deshecho...

* Página 30: en blanco en el original

EMOCIÓN PANTEÍSTA

Señor, te diré que la sabrosa belleza
de esa tu carne pálida, me hace llorar de amor;
lloro por la magnolia de tu cara, por esa
cara que está desnuda sobre su tallo en flor.
Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,
con hojas de tus ojos de cambiante verdor,
vas hasta el fondo arcano de mi naturaleza
por todos mis jardines y siempre vencedor.

Señor, quizá tú eres suavemente fuerte,
quizá tu cáliz dona consolación de muerte
a tiempo que florece tu espléndido fervor;
también yo soy ambigua, por eso es que te siento
y lloran, cuando abres bajo mi pensamiento,
mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.

*

* Página 32: en blanco en el original

ODA A LA BELLEZA

Oh Belleza, que tú seas bendita,
ya que eres absolutamente pura,
ya que eres inviolada,
límpida, firme, sana e impoluta.
Fuente de la divina complacencia,
oasis infinito
que prodigas los éxtasis beatos
y las románticas contemplaciones...

Adonde quiera que tu signo luzca,
adonde quiera que la esencia encarnes,
emerge de tu gaya fantasía
una gloria serena y luminosa,
una fruición profunda e inefable...

Eres el cauce pródigo
surtidor de armonía,
crisol de místicas depuraciones,
la veta que colora y que sublima
el eterno miraje;
eres la gema augusta
prendida sobre el arca
fértil del universo.

Aunque el ciego te ignore,
el profano te niegue

y el infiel te repudie,
eres eternamente triunfadora
sobre la indiferencia de los necios
y la conjuración de los apóstatas...

Aunque los pecadores
te inculpen sus pecados,
y te acusen los réprobos
de atributos malditos,
eres inmaculada e inocente;
no te corrompes con la hiel del odio
ni la ponzoña del amor sacrílego.

Eres inaccesible,
eres pasiva y sola,
sencilla y sobrehumana;
no inspiras, no padeces
el dominio imperial de la materia
ni la sensible turbación del alma...

Entre todos los acontecimientos
evoluciones, mitos y teorías,
entre la suficiencia que te alaba
y la diversidad que te interroga,
tú te levantas religiosamente
dentro la urna dúctil de tu forma
como en la alada prez del incensario
la inmunidad de la sagrada hostia.

Oh Belleza, que tú seas bendita,
más la sabia legión de tus apóstoles,
la entraña que te crea,
el sol que te ilumina,
el prisma que te agranda,
la plancha que te copia,
el áureo pedestal que te enaltece
y el soberano lis que te corona.

Por eso sobre el plinto de tu imagen,
sobre la majestad de tu hermosura,
sobre el fulgor joyante de tus iris,
sobre la egregia línea de tus curvas,
pongo la rendición del canto mío
a tu gracia inmortal loa fecunda.

*

* Página 36: en blanco en el original

LIBERATORIA

Acordeón de rudas voces
que cerca del puerto suenas
tu canción hecha de adioses
sin alegrías ni penas.

De adioses de tierra y mar,
polvo y nube, luna y cielo
en perpetuo ritornelo
de pasar, pasar, pasar...

Los eternos navegantes
dejan su ruta infinita,
como los fieles amantes
tienen contigo una cita.

Y las manos marineras
te dan sus caricias vanas
entre sotas cantineras
y perfumados nirvanas.

Te cantan vagas canciones
con la mirada perdida,
por eso tienen tus sones
clamorear de despedida.

Tienen coros peregrinos
que se van entre las brumas,
grito de albatros marinos
y evanescencia de espumas.

Acordeón de rudas voces,
tu corazón es de viento,
y tu musical acento
polifonía de adioses...

Ah, quién pudiera imitar
el alma tuya viajera!
Quién pudiera
irse sin cesar...

BARCAROLA DE UN ESCÉPTICO

Alma mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar,
con la red seca y vacía
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar.

Yo he visto los pescadores
pescando gloria y amores
que disiparon después.
Unos llevan cosas muertas;
otros las llevan desiertas:
lo mismo es.

Alma mía,
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar.
Entre la arena y las olas
existen dos cosas solas:
morir o matar.

Alma mía
que traes la red vacía
de las orillas del mar...

*

Página 40: en blanco en el original

TU ROSA Y MI CORAZÓN

Antes que entre tus labios y mi oído
el ciprés del silencio, largo y mudo,
alce su quieta cima,
de tu palabra en el cristal sonoro
dame una roja rosa, que será
por tu lirismo y tu carne fragante
rosa de amor humano y rosa mística.

La prenderé en mi pecho
sobre la palpitante rosa mía,
y del perpetuo beso el tibio roce
esparcirá sus perfumadas ondas...

Hoy,
ebria de aroma me será brindada
la belleza infinita...
y en mi larva fugaz cuando se apaguen
los armoniosos éxtasis,
me envolverán las perfumadas ondas
en su mortaja amante y siempreviva.

Dame una rosa, antes
que el ciprés largo y mudo, entre nosotros
alce su quieta cima...

* Página 42: en blanco en el original

A HEROS

Heros fecunda y pía, buena como una hermana
cuya complicidad el sacro amor combina;
estrella soberana
protectora de idilios, estrella peregrina,
cuántas y cuántas veces tu lámpara divina
prendió para mis noches su blonda filigrana,
y cuántas fue que el ritmo de la elocuencia humana
tendiera en mis oídos su alada serpentina...

¡Cuántas y cuántas veces
mientras me susurraban las rogativas preces
dijérate en silencio: "¡Madre mía, ¡perdón!"
¡Así como en el vaso de márgenes cerradas
vertieran sus tesoros las pródigas cascadas
glisaban tus ofrendas sobre mi corazón!...

* Página 44: en blanco en el original

VÍA SECRETA

¡Cuántas cosas, dueño mío,
cuántas hay que nos separan;
roca, abismo, mar y cielo,
eternos tiempo y distancia...

Pero yo te digo un nombre
y tantas veces lo digo
que tengo una ruta abierta
entre mi boca y tu oído.

*

* Página 46: en blanco en el original

EL ATAÚD FLOTANTE

Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta.
No tienes de los vivos
más que la instable fluctuación perpetua;
no sé si un tiempo vigorosa fuiste,
ahora, estás muerta.
Te han roído quién sabe
qué larvas metafísicas que hicieron
entre tu dulce carne su cosecha.
En vano
el mágico abanico de tus alas
con irisadas ráfagas me orea
soltando al aire turbadoras chispas.
Yo sé que tú eres de esas
que vuelven redivivas en la noche
a decir otra vez su última verba...
Ya te he visto venir
blanca y piadosa como un santo espíritu
sobre el vaivén de las marinas ondas;
te he visto en el fulgor de las estrellas,
y hasta los bordes de mi quieta planta
danzan tus llamas en festivas rondas.
Pero si al interior vuelvo los ojos
veo la sombra de tu mancha negra,
miro tu nebulosa en el vacío
dar poco a poco su visión suspensa;

sin el miraje de los fuegos fatuos
veo la sombra de tu mancha negra.
No llores porque sé; los ojos míos
saben vivir en lontananzas huecas;
míralos secos y tranquilos; márchate
y el flotante ataúd reposar deja
hasta que junto a ti también tendida
nos abracemos como hermanas buenas
y otra vez enlazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra.

VOZ BEATA

"Hija" me han dicho tus labios,
"Hija", qué dulce canción!
Y a la sola ánima mía
qué bien le llegó esa voz!
"Hija", palabra divina,
tan llena del Hombre mismo
más que una frase de amor.
"Hija"...
Todo hombre es un poco padre,
por amante y por varón,
sexo superbo e invicto,
hecho de sublime audacia
y de pudor;
sexo de estatuas, tallado
en fuerza de inspiración,
Helios vivo, mansa luna,
alma y carne y sangre y fuego
vencedor.
Por eso tu nombre, "Hija"
fue como un rayo de sol
sobre el sudario de nieve
que envuelve mi corazón,
y en mi solitaria estancia
cuando la noche llegó
había una lumbre nueva

que daba un tibio fulgor
y me dormí dulcemente,
profundamente arropada
en la gloria de tu voz.

INVOCACIÓN

Oh noche embriagadora
hecha de soledad y de desesperanza,
que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
sobre la tierra ardiente en quietud derramada.

Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas,

y en invisibles soplos
el numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguidos,
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes con amorosa ciencia
tenderte suavemente sobre el alma cansada!

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
la rúbrica del "Fin" está en tu obscura mancha,
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada;
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas...

Dale a los beneditos que todavía sueñan,
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, oh Hermana.

HISTORIA PÓSTUMA

Todo me lo diste, todo:
el ritmo azul de las cunas
en cuentos maravillosos
glosados de suaves músicas...

Las palabras melodiosas
divinas como el silencio,
las rosas de nieve y oro
perfumadas de secretos...

Las albas anunciadoras
de los venturosos días
henchidos de primaveras
refulgentes de sonrisas...

Las pálidas nebulosas
de los cielos taciturnos,
la soledad, el olvido
y la paz de los sepulcros.

*

[*] Página 54: en blanco en el original

BEATITUD

Con el vaivén de sus ondas
muchos cantos me han mecido:
pesados fueron los besos,
las risas y los suspiros.

Tus brazos han de ser suaves
como el ritmo de las cunas;
quisiera dormirme en ellos
y no despertarme nunca.

* Página 56: en blanco en el original

INVITACIÓN AL OLVIDO

Humedecido en mi lloro
flameó tu blanco pañuelo,
y calló su ritornelo
nuestro adiós largo y sonoro.
Se unió el quejumbroso coro
del viento a mi acerbo duelo,
mientras me miraba el cielo
con sus pupilas de oro.

Resonó el postrer silbido,
tras el crespón de la bruma
el buque ocultóse al par;
y brindándome el olvido
en su ancha copa de espuma,
"Bebe", me decía el mar...

*** PAGINA 58: en blanco en el original**

HEROICA

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.

En cuya grácil mano
se quebrante el acero,
el oro se diluya
y el bronce en que se funden las corazas,
el sólido granito de los muros,
las rocas y las piedras
los troncos y los mármoles
como la arcilla modelables sean.

A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
las murallas amengüen,
se nivelen los pozos,
las columnas se trunquen
y se abran de par en par los pórticos.

Que posea la copa de sus labios
el licor de la vida,
el virus de la muerte,
la miel de la esperanza,
las beatas obleas del olvido,
y del divino amor las hostias sacras.

Que al erótico influjo de sus ojos
se empañen los cristales,
la nieve se calcine,
se combustione el seno
virginal de las selvas
y se empenache con ardientes ascuas
el corazón de la rebelde fémina.

Que al rayar de su testa iluminada
resbalen de las frentes
las más bellas coronas,
los lábaros se borren,
repliegue sus insignias
la faz del estandarte
y vacilen los símbolos ilustres
sobre sus pedestales.

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
domador de serpientes,
encendedor de astros
transponedor de abismos...

Y que rompa una cósmica fonía
como el derrumbe de una inmensa torre
con sus cien mil almenas de cristales
quebrados en la bóveda infinita,
cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas ínclitas.

ELEGÍA CREPUSCULAR

Viento suave del crepúsculo,
viento de las leves alas,
azulmente silenciosas
y azulmente solitarias,
anónimo pasajero
fugaz en todas las patrias,
en las misteriosas selvas
y en las grutas oceánicas,
viento suave del crepúsculo,
viento de las leves alas...
Tu roce sobre mi frente
tiene la misma eficacia
de la luna entre las ruinas,
de los óleos en las llagas
y de las claves que aflojan
el cordaje de las arpas...
Tu fresco soplo serena
la exaltación de mi alma
fosca de llamar sin nombre
y esperar sin esperanza
por haber nacido póstuma
dentro de su propia lápida...
Viento suave del crepúsculo
que cruzas sin decir nada
el transitorio paréntesis

suspenso en la sombra vaga,
cuando enmudecen las cosas
o todavía no cantan,
cuando de los rojos soles
palidecieron las flamas
y las nocturnas estrellas
están todavía pálidas...
Si yo supiera estar triste
yo me desharía en lágrimas
para que así me bebieran
las caricias de tus ráfagas...
¡Qué lindo renunciamiento!
¡Qué liberación beata!
Viento suave del crepúsculo,
si tus brisas me acabaran,
azulmente silenciosas
y azulmente solitarias,
viento suave del crepúsculo,
viento de las leves alas...

LA ESTRELLA MISTERIOSA

Yo no sé dónde está, pero su luz me llama,
¡oh misteriosa estrella de un inmutable sino!...
Me nombra con el eco de un silencio divino
y el luminar oculto de una invisible llama.
Si alguna vez acaso me aparto del camino,
con una fuerza ignota de nuevo me reclama:
gloria, quimera, fénix, fantástico oriflama
o un imposible amor extraño y peregrino...

Y sigo eternamente por la desierta vía
tras la fatal estrella cuya atracción me guía,
mas núnca, núnca, núnca a revelarse llega!
Pero su luz me llama, su silencio me nombra,
mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
con la desolación de una esperanza ciega.

* PÁGINA 64: en blanco en el original

EL REGRESO

He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.
He de volver a ti gloriosamente,
triste de orgullos arduos e infecundos,
con la ofrenda vital inmaculada.
No sé, cuando labraste el signo mío,
el crisol armonioso de tus gestas
dónde estaba...
dónde la proporción de tus designios...
Tú me brotaste fantásticamente
con la quietud de la serena sombra
y el trágico fulgor de las borrascas...
Tú me brotaste caprichosamente
alguna vez en que se confundieron
tus potencias en una sola ráfaga...
Y no tengo camino;
mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio,
la voluntad incierta se deshace
para tornasolar la fantasía;
con luz y sombra, con silencio y canto
el miraje interior dora sus prismas;
mientras que siento desgranarse afuera

con llanto musical los surtidores,
siento crujir los extendidos brazos
que hacia el materno tronco se repliegan,
temor, fatiga, solitaria angustia,
y en un perpetuo afán contradictorio
mis pasos van por la salvaje selva.
Ah, si pudiera desatar un día
la unidad integral que me aprisiona!
Tirar los ojos con los astros quietos
de un lago azul en la nocturna onda...
Tirar la boca muda entre los cálices
cuyo ferviente aroma sin destino
disipa el viento en sus alas flotantes...
Darle el útimo adiós
al insondable enigma del deseo,
cerrar el pensamiento atormentado
y dejarlo dormir un largo sueño
sin clave y sin fulgor de redenciones...
Alguna vez me llamarás de nuevo
y he de volver a ti, tierra propicia,
con la ofrenda vital inmaculada,
en su sayal mortuorio toda envuelta
como en una bandera libertaria.

HOLOCAUSTO

Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía
si sabe combatirme la ciencia de tu mano,
si tienes la grandeza de un templo soberano
ofrendaré mi sangre para tu idolatría.
Naufragará en tus brazos la prepotencia mía
si tienes la profunda fruición del oceano,
y si sabes el ritmo de un canto sobrehumano
silenciarán mis arpas su eterna melodía.

Me volveré paloma si tu soberbia siente
la garra vencedora del águila potente;
si sabes ser fecundo seré tu floración,
y brotaré una selva de cósmicas entrañas,
cuyas salvajes frondas románticas y hurañas
conquistará tu imperio si sabes ser león.

+ Página 68: en blanco en el original

SERENATA

Te gusta que esté a tu lado,
te gusta mi canto alado
aunque tú no me lo digas, mi amor;
eres triste peregrino
amas la gloria del trino
y yo soy un ruiseñor...

La misma fuente murmura
tu ventura y mi ventura
aunque tú no me lo digas, mi bien;
y aunque no me digan nada
ni tu voz ni tu mirada,
todo tú me dice: "Ven!"

Alguna cercana noche
o alguna noche lejana
romperá mi pico el broche
secreto de tu ventana,

y con las alas tendidas
para remontarte en ellas
llevaré nuestras dos vidas
a fundirse en las estrellas.

Verás qué dulce fulgor
aunque tú no me lo digas, mi amor.

* Página 70: en blanco en el original

LA RIMA VACUA

Grito de sapo
llega hasta mí de las nocturnas charcas...
la tierra está borrosa y las estrellas
me han vuelto las espaldas.

Grito de sapo, mueca
de la armonía, sin tono, sin eco,
llega hasta mí de las nocturnas charcas...

La vaciedad de mi profundo hastío
rima con él el dúo de la nada.

* Página 72: en blanco en el original

DESDE LA CELDA

¡Ay de aquel que fuera un día
novio de la soledad!
Después de este amor supremo
¿a quién amará?

¿Quién sin dar nada se entrega
y estrecha sin abrazar?
¿Quién de un vacío tesoro
hace que se pida "más!"?

¿Qué araña invisible y muda,
carcelera singular,
teje sus rejas abiertas
y el cautivo no se va?

Los aldabones golpean
con rumor de eternidad,
y el corazón solitario
le responde: "Más allá"...

Sí, más allá de sí mismo,
más allá del propio mal,
amorosamente solo
con su mal de soledad.

Afuera ríen los soles
sus vitrinas de cristal
racimos de perlas vivas
al pasajero le dan.

Por los caminos del mundo
cruza la marcha triunfal.
Evohé!... siga la fiesta...

¡Ay de aquel que fuera un día
novio de la soledad!

AVE CELESTE

Alma, sé libre y rauda, sé límpida y sonora
como un maravilloso pájaro de cristal,
en cuyas alas canten las perlas de la aurora
y las campanas suaves del himno vesperal.
De toda resonancia, la vibración perciba
sobre su espejo armónico tu carne siempreviva.
Alma, sé sensitiva
como un maravilloso pájaro de cristal.
La media noche tiembla su cabrilleo astral
y por la voz de viento la soledad suspira;
alma, tiende tus alas sobre la inmensa lira!
De tu revuelo cósmico para el flotante espejo
esplenderá la gama del son y del reflejo,
poniendo en ti la rima plural de sus escalas
y la visión del iris al arco de tus alas...
Todos los surtidores dirán su fantasía
en el inmaculado crisol de tu armonía;
crisol hospitalario de purificación
que hace al reflejo diáfano y melodioso al son...
Todos los surtidores dirán su fantasía;
ondas del pensamiento, rosas del corazón,
plegarias que se esconden entre los labios mudos,
choque de los escudos
que hace lucir la torva fulguración del bronce...

Entonces
cómo será divino
tu canto cristalino!
El grito clamoroso de angustia o de esperanza
que hacia el espacio lanza
sin eco su elegía,
en el inmaculado crisol de la armonía
lo trocará en gorjeos tu pico musical:
oh límpido y sonoro pájaro de cristal!

CANTO VERBAL

A ti, palabra, mi suprema dea,
tiende sus alas la esperanza mía...
águila errante del desierto humano
sin altas cumbres donde reposar
el tedio de las rutas infinitas...
Tiende sus alas como a excelsa fuente
pródiga de belleza y armonía;
quiere beber en tu copa de oro,
quiere bañarse en el agua sonante,
mudable en sus ritmos, diversa en sus glosas
y cuyo oleaje va
sacudido por vértigos fecundos
o melodioso de serenidad...
A ti, palabra, que tienes la magia
de sabiamente transmutar tu forma
y ajustarla a la loca trashumancia
de la maravillosa ánima viva...
¡Oh profunda, variante y fugaz,
que floreces en vetas luminosas
perfumadas de esencia espiritual...
Anfora
de caudalosas perlas en murmurio,
de blancas nieves y de rojas flamas.
Anfora
de tempestades y constelaciones,

de suaves lluvias y silbantes rachas...
Ánfora
de sonoras cadencias,
de crujiente espuma, cascabel marino,
de místicas hostias y de miel pagana...
No hay un tesoro que supere al tuyo
en abundancia de oportunas galas
para quimeras y revelaciones,
grandes historias y leyendas magnas;
no hay un tesoro que supere al tuyo,
vertiginoso para la elocuencia,
inagotable para la ilusión,
lírico para el numen romancesco
y musical para el divino amor...
Por tu vocero el invisible espíritu
se glorifica en vívidas ofrendas,
su lira tañen las carnales fibras
y el corazón henchido se desborda
en sublimes poemas...
Por ti
sobre el bronce triunfal de los escudos
brotaron rosas trágicas,
cuyo fragante olor de sangre noble
blasonó las estirpes y las razas.
Por ti
en las verdes pupilas de las fieras
las sombras de los ímpetus salvajes
se trocaron en húmedas estrellas.
Por ti se abrió de muchas rocas duras

el regazo feraz
y en el dulce licor de sus vertientes
se confortó la esperanza mortal.
Yo no sé en qué fantástica materia
al escultor de la progenie humana
le plugo modelar la estatua mía,
que no ablanda la luz de las auroras
ni el oscuro crepúsculo marchita;
pero si alguna vez mi corazón
abre a la vida su raudal interno,
si se doran mis áridas llanuras
y se pueblan de esquifes mis océanos,
si se viste de estelas fulgurantes
la nebulosa noche de mis piélagos
y las alas sin sol de mis pendones
en raudas ondas flotan a los vientos,
si gorjean mis pájaros, será
cuando en la entraña de un sacro silencio
sobre la losa de mi tumba viva
choque su llama tu rayo de fuego.

* Página 80: en blanco en el original

VOZ DEL RETORNO

Nada le queda al náufrago; ya nada: ni siquiera
la dulce remembranza de un viejo sueño vano,
ni la marchita y frágil ala de una quimera
que al estrecharse deja su polvo entre la mano.
La media noche es tarde y el alba fue temprano,
y el orgulloso día le dijo al sol: "Espera";
quien sin besarla aspira la flor de Primavera,
pasa como una sombra por el jardín humano.

Violetas de los prados en el solar fragante,
rosas de los pensiles rojas y perfumadas
que al pasajero abrieron su misterioso broche;
el náufrago retorna como una sombra errante,
sin una sola estrella de flámulas doradas
con que alumbrar el fondo de su infinita noche.

* Página 82: en blanco en el original

IMPROMPTU SENTIMENTAL

Déjame que hoy te acaricie
aunque te olvide mañana;
la abeja liba en la rosa
y al aire tiende sus alas...

Del mar las ondas azules
una vez besan la playa,
y el céfiro rumoroso
dice su secreto, y pasa...

Déjame que hoy te acaricie
aunque me olvides mañana;
sic-transit, gloria del mundo,
sic-transit, con sus fantasmas.

Ven, que el furtivo momento
nos dice dulces palabras,
y lo que vendrá otro día
quien sabe cómo se llama...

*** Página 84: en blanco en el original**

ÚNICO POEMA

Mar sin nombre y sin orillas,
soñé con un mar inmenso,
que era infinito y arcano
como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas,
vieja madre de la vida,
la muerte, y ellas cesaban
a la vez que renacían.

Cuánto nacer y morir
dentro la muerte inmortal!
Jugando a cunas y tumbas
estaba la Soledad...

De pronto un pájaro errante
cruzó la extensión marina;
"Chojé... Chojé..." repitiendo
su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza
goteando "Chojé... Chojé..."
Desperté y sobre las olas
me eché a volar otra vez.

* Página 86: en blanco en el original

FANTASÍA DEL DESVELO

Alma mía ¿qué velas
en la nocturna hora, como los centinelas,
con los ojos abiertos para mejor velar,
si no tienes ningún tesoro que guardar?
Qué velas, alma mía,
mientras que asordinados en su funda sombría
redoblan sin cesar
tambores misteriosos su trémula elegía?

Que guardar ni esperar tienes ningún tesoro.
Sobre el oleaje inquieto,
no el birreme de oro
llega para la cita;
no te revelarán la Esfinge su secreto
ni las esferas cósmicas su música inaudita.

¿Por qué guardas celosa como un soldado alerta
mientras reposa todo tu solitaria puerta
si no tienes ningún tesoro que escoltar,
ninguno que esperar?...

Es en vano, alma mía,
es en vano que veles.
La noche pasa sobre sus fúnebres corceles,
y el sol del nuevo día
con la irisada pompa de todos sus caireles
se quebrará en el fondo de tu urna vacía.

*** Página 88: en blanco en el original**

ENMUDECER

Quien no sabe estar alegre
no tiene por qué cantar.
Si se derrotó a sí mismo
¿qué enseñará?

A repicar las campanas
con bronces de funeral,
los enlutados clarines
a resonar.

Quien no sabe estar alegre
rime a sí mismo su mal.
Por eso enfundo mi flauta,
la del ambiguo cantar,
y quien me escuche, oiga sólo
mi paso en la soledad.

* Página 90: en blanco en el original

APÉNDICE

* Página 92: en blanco en el original

Mi hermana proyectaba desde muy joven publicar en libro sus poesías, pero no se decidió nunca a hacerlo: en parte, por su temperamento, al que era más grato lo imaginado que lo realizado, en parte, porque le repugnaban ciertos aspectos de la publicidad.

Lo que hacía fácilmente era dar copias de sus composiciones a personas amigas, o a quienes se las solicitaban para publicarlas en periódicos o revistas. Así fueron conocidas desde el principio, y ejercieron su influencia.

Ultimamente, sin embargo, había llevado más adelante su proyecto: había hecho preparar la composición de un folleto con una selección de poesías, y aun había empezado la corrección de las pruebas, que tuvo que interrumpir por la agravación de su enfermedad. Entonces convinimos en que yo la ayudaría para la parte material de esa corrección, si mejoraba; y, para el caso de su muerte, me pidió que yo publicara el libro. Es el presente.

Las poesías que contiene son exactamente las que ella había elegido (si bien no estoy tan seguro en cuanto al orden). (1)

En cuanto a la exactitud de los textos, el de cada poesía, o de cada parte, está de acuerdo, o con las pruebas que llegó a corregir, o con alguna copia manuscrita. Pero, las pruebas, ni son todas, ni ya podía ella corregirlas minuciosamente; y,

(1) Más exactamente aún: había pruebas de cuarenta y tres poesías, de las cuales ella había determinado cuarenta para esta selección. Entre las tres eliminadas figuraba la titulada "Unico Poema", la cual me impresionó tanto que le pregunté la razón de la exclusión. "Nadie la entendió", me dijo, y accedió fácilmente a mi pedido de que la volviera a incluir, por lo cual he creído deber intercalarla.

en cuanto a los manuscritos, difieren algo entre sí y tienen algunas variantes. Lo que he creído deber hacer es lo siguiente:

Cuando he podido determinar cual fue la última versión o corrección, atenerme a ella: así, he respetado las modificaciones que introdujo aun en composiciones ya publicadas; hasta las que me consta hizo por escrúpulos de otro orden que el artístico: con lo cual respeto su alma completa.

Pero, en ciertos casos, no llegaron a ser corregidas las pruebas, y, de las copias manuscritas, no he podido determinar cuál es la definitiva. He debido, entonces, elegir por presunciones y, alguna vez, al azar. También encontré dificultades en cuanto a la puntuación: en parte, porque la de ella era personal, y en parte porque, como hacía tantas copias, tendía a descuidarlas precisamente en las últimas. En esos casos, sobre todo cuando esta dificultad podía afectar el sentido, he preferido, o no poner signos, o dejar la puntuación indeterminada, no poniendo ninguno que pudiera fijar un sentido no seguro. Hay partes así en "El Regreso" y en otras poesías.

Si en otro estado de espíritu o en posesión de datos nuevos pudiera más adelante perfeccionar este trabajo, lo intentaré para otras ediciones; y también resolveré si debo publicar otras poesías. Para uno y otro fin, pediría a las personas que tengan de ella poesías manuscritas (o poco difundidas, aun entre las publicadas), quisieran comunicármelas, así como cartas o datos que yo pudiera no conocer.

CARLOS VAZ FERREIRA.

ÍNDICE

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO Y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (1er. tomo) *en prensa.*
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (2º tomo) *en prensa.*
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD Y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Álvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.